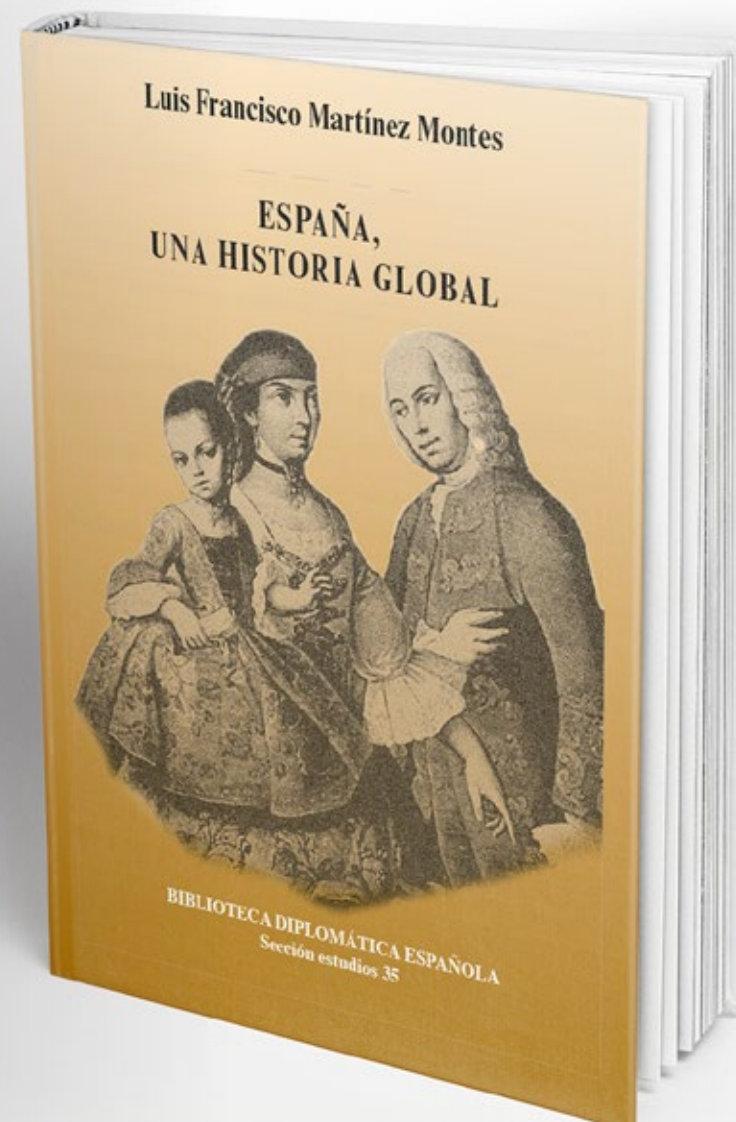


ARTÍCULO

Una sugerente historia de España

Manuel Hernández Ruigómez

DOCTOR EN HISTORIA



Análisis

JULIO 2019

Nº 16

Las opiniones contenidas en el siguiente artículo sólo comprometen a sus autores y no constituyen posiciones oficiales del Ministerio de Asuntos Exteriores, Unión Europea y Cooperación



GOBIERNO DE ESPAÑA

MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA Y COOPERACIÓN

Luis Francisco Martínez Montes, miembro de la Carrera Diplomática española, ha publicado una sorprendente aproximación a la historia de nuestro país que él ha titulado **España, una historia global** (Madrid, Biblioteca Diplomática Española, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2018). Y en efecto, la de España es la primera historia global. España fue la primera nación, en tanto colectividad humana agrupada y con una identidad y liderazgo propios, que le dio sentido al término “globo terráqueo”. Con la primera circunnavegación (1519-1522), que fue debida a la visión globalista del rey-emperador Carlos V, y de la que este año cumplimos 500 años desde su inicio, España puso término a la polémica demostrando de una vez por todas la redondez de la Tierra. Los terrícolas asumimos desde entonces que pertenecemos a un planeta como cualquiera de los otros del sistema solar que gira y que se desplaza en conjunto con su estrella madre. Sólo por ello, es obligado rendir aquí un homenaje al españolizado líder de aquella gesta, Fernando de Magallanes, y a quien la completó comandando la nao Victoria. Juan Sebastián de Elcano es el *primus circumdedisti me*, como reza el título que le concedió el rey-emperador y que hoy en día luce orgulloso el buque-escuela de la Armada española.

A partir del inicio de la era cristiana, puede asegurarse que la de España es una de las his-

torias nacionales más completas desde todos los puntos de vista –político, económico, artístico, cultural, humanista, científico, religioso, social-, así como tomada en su conjunto. Lo es desde el mismo momento en que comenzó su andadura propia, separada, agrupada bajo las estructuras de un protoEstado –el visigodo- a partir de los años en que periclitaba el Imperio romano; pero mucho más desde el final de la Reconquista, en enero de 1492. A lo mejor se le podrían comparar otras historias nacionales como la inglesa (la británica vendría mucho después) o la francesa, pero de ningún modo la alemana ni la italiana, naciones, no lo olvidemos, que nacen a la historia en la segunda mitad del siglo XIX. Hasta ese momento, no eran más que una serie de principados dispersos, más o menos uniformes culturalmente hablando, en un territorio informe y sin un impulso político-nacional que los guiara.

Todo esto viene a cuento de Kenneth Clark, un historiador del arte británico que se hizo famoso, sobre todo, por su supuesta gran obra, *Civilisation*. Digo supuesta porque en este pretendido compendio de los aportes culturales de la humanidad renunció a incluir a España y a su arte, así como a otros como el greco-romano o el chino. Y a no ser que dicho autor pensara que la civilización la constituyen sólo ingleses, franceses, centroeuropeos de lenguas germánicas y los habitantes renacentistas de

la península itálica, es obligado concluir que su proyecto nació debilitado e incompleto.

En su libro, Martínez Montes se lamenta del olvido de Clark. No creo que haya que darle demasiada importancia. Primero porque lo único que demostró dicho autor británico emprendiendo un proyecto como *Civilisation* es su incompetencia al ignorar manifestaciones artísticas tan fundamentales para la Historia del Arte como la de la Grecia clásica, la de la Roma imperial y la hispánica en su doble vertiente, peninsular e hispanoamericana. Y en segundo término, porque a diferencia de Clark hay decenas de historiadores y polígrafos británicos y estadounidenses que se han ocupado de estudiar a fondo las aportaciones a la historia en general, al arte y a la cultura de generaciones de españoles. Sólo este dato deja retratado a Kenneth Clark para la posteridad.

En el mundo de la historia, del arte y de la cultura en general hay un grupo de obcecados expertos, extranjeros y españoles que, cegados por lo que se conoce como “leyenda negra antiespañola”, se niegan a entrar en su estudio al despreciar ex ante cualquier aportación que venga de Hispania. Es como si semejante leyenda implicara en sí misma un impedimento moral para abordar la rica variedad de los elementos que componen su historia al estilo

de los frenos que establece lo políticamente correcto para evitar que nadie ose con transgredirlo. Es algo muy complejo que la profesora María Elvira Roca Barea explica muy bien en su imprescindible **Imperiofobia y leyenda negra** (Madrid, Siruela, 2017). Por ello, y al contrario que Martínez Montes, no creo que el hecho de que Clark pasara por alto el aporte de España a la civilización occidental pudiera haber sido por causa de la repulsa que le causaba el general Franco y su régimen. Cualquier historiador con una mediana formación universalista (¿la tenía Clark?) sabe que Franco, por muy contemporáneo suyo que fuera, había de ser algo pasajero en el conjunto complejo y amplio que forma la historia de España. Por el contrario, su arte, su cultura, sus innegables aportes a la civilización occidental son lo permanente del país por encima de reyes, repúblicas y regímenes. Así que probablemente lo que influyó en Clark, como digo, debió haber sido la imagen de España que la leyenda negra había fijado indeleblemente en su intelecto.

La leyenda negra es una carga de profundidad que ha afectado enormemente al concepto que sobre España y su historia han tenido innumerables tratadistas. El efecto conseguido ha sido tan hondo que hoy, muchos siglos después, todavía sigue pesando en la historiografía, incluyendo a la española. Hay un conjunto de

intelectuales hispánicos –españoles e hispano-americanos- que no sólo asumen los horrores listados por la leyenda negra (Bartolomé de Las Casas tuvo una influencia maligna decisiva en su propagación gracias a sus exageraciones, como demostró el historiador estadounidense Lewis Hanke) sino que argumentan en favor de su pervivencia. Ingleses, holandeses, italianos y luteranos alemanes se valieron de Las Casas para ganar la batalla de las ideas a la entonces primera potencia mundial, la España de los siglos XVI y XVII. Ya sólo el título del principal escrito del padre Las Casas, ***Brevísima relación de la destrucción de las Indias*** indica por dónde iban sus tiros. De tal modo que, desde el punto de vista de los enemigos de España, se trataba de derrotar al poderoso imperio en los papeles por medio de la imprenta ya que en los campos de batalla no lo lograban.

Kenneth Clark sin duda bebió en las fuentes de la leyenda negra anti-hispánica para llegar a la conclusión de que ni el románico de Frómista, ni la Alhambra, ni la arquitectura de Cuzco, ni Juan de Herrera, ni Velázquez, ni Tomás Luis de Victoria, ni Goya eran dignos de su *Civilisation*. Por eso mismo, el trabajo de Martínez Montes, en tanto refutación sistemática y completa de *Civilisation* es transcendental. Y lo es desde el mismo capítulo I, dedicado al declive de Occidente tras la caída del Imperio romano, hasta su conclusión en los tiempos contemporáneos.

Estamos ante una aproximación a la historia de España que, desde luego, habría que traducir al inglés y distribuir en el mundo anglosajón para dar así debida respuesta al ocultamiento culposo de España y de lo hispánico por uno de los historiadores del arte que más fama han merecido en esos países.

Más allá de Kenneth Clark hay vida. Esto es, hay legiones de polígrafos, y quiero citar aquí a Salvador de Madariaga (**Ingleses, franceses, españoles**, Buenos Aires, Sudamericana, 1946), para quienes España y los españoles constituimos una de las grandes naciones y complejos culturales de Europa, lo que es decir del mundo. Por ello, Martínez Montes realiza un excelente trabajo al repasar nuestra rica e influyente historia poniéndola en su lugar. Al mismo tiempo, le da un toque muy personal que resulta ser el negativo (aunque aquí le viene mejor la palabra “positivo”) de la arriba mencionada obra de Clark. No es por tanto una historia al uso, por mucho que el libro siga una estructura cronológica, sino algo mucho más sugerente, infrecuente, original y que atrae inevitablemente a su lectura.